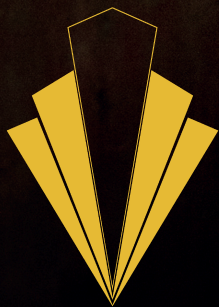


UNA NOVELA DE
ÁNGELA ARMERO
Y DANIEL MARTÍN SERRANO



Galerías

VELVET

el origen

BASADA EN UNA IDEA DE
RAMÓN CAMPOS
Y GEMA R. NEIRA



Planeta

Planeta



Ángela Armero
Daniel Martín Serrano

Galerías Velvet, el origen

*Basada en una idea de Ramón Campos
y Gema R. Neira*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Una licencia de Atresmedia Corporación para Planeta

Galerías Velvet, el origen, novela basada en *Velvet*, una serie de televisión creada y producida por Bambú para Antena 3

Creada por Gema R. Neira y Ramón Campos

Escrita por Ángela Armero y Daniel Martín Serrano, a partir de la idea original de Gema R. Neira y Ramón Campos

© Atresmedia, 2014

© Ángela Armero, 2014

© Daniel Martín Serrano, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2014

Depósito legal: B. 23.000-2014

ISBN: 978-84-08-12633-1

Preimpresión: Átona Victor Igual, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Dicen que jamás deberías regresar al lugar donde fuiste feliz. Pero, a partir de cierto momento en la vida, mirar hacia atrás es inevitable, y yo lo digo porque ya tengo ochenta años y si miro hacia delante, solo veo un presente que se me escurre entre los dedos.

En cambio, si pienso en la época en la que trabajaba en las Galerías Velvet, el lugar en el que crecí desde los diez años y donde viví el gran amor de mi vida, todavía soy capaz de estremecerme de la emoción, recordando el tacto de la tela de los vestidos, el aroma de los perfumes y el eco de los tacones de las señoras en el suelo de madera. ¿Cómo voy a olvidar la época más feliz de mi vida? Eso es totalmente imposible.

Mi memoria ya no es lo que era, mis nietas me dicen que se me olvidan muchas cosas y a veces tengo que darles la razón, pero de todo lo que pasó en las galerías me acuerdo bastante bien. Guardo mu-

chos recuerdos, fotos, objetos, recortes de prensa, ropa, algún par de zapatos y alguna horquilla de concha de nácar..., pero sobre todo conservo muchos momentos, intactos, en lo más profundo de mi memoria.

—Abuela Ana... ¿Este edificio que van a tirar abajo no es el de las galerías en las que trabajaste tantos años? —dice Eugenia, mi nieta mayor, que tiene catorce años y es muy espabilada.

Mi otra nieta, Alba, que tiene doce y también es lista pero menos habladora, me enseña una noticia en el portátil. Le doy a una tecla sin querer y la foto desaparece.

—Ay, abuela, ya estamos... —se queja ella, y tecléa con sus ágiles dedos.

Y mágicamente el edificio reaparece. Ya no está tan bonito como en mis recuerdos. La fachada se ha ennegrecido con el paso del tiempo, algún adoquín se ha caído y los cristales están rotos, cuarteados y de un triste color gris. El edificio, que era magnífico, se ha convertido en uno de esos testimonios apagados de otra época en el corazón de la ciudad.

—Van a tirarlo abajo, abuela —dice Eugenia.

—Ya lo sé, Eugenia. La letra es muy pequeña, pero los titulares se ven mejor —le contesto.

Mi nieta mayor me lee el artículo, porque sabe que a mí no me gusta leer en las pantallas, que soy más de papel. Lo que oigo no me sorprende: van a

construir un edificio nuevo de varias plantas, van a ocuparlo todo con una franquicia de tiendas de moda, como está pasando en toda la calle y en el resto de Madrid y de varias capitales de España. En las galerías también vendíamos ropa, pero creo que a duras penas se puede considerar que sea el mismo negocio. Hoy en día todo va demasiado deprisa. Internet, los teléfonos, los mensajes, las noticias, las personas... Y la ropa, como todo lo demás, se hace en el momento, se disfruta en el momento y se tira poco después. Cuando yo era joven, la moda era cambiante, pero estaba hecha de otra manera. Y, desde luego, de un mismo vestido no se hacían miles y miles de ejemplares en una marca cara, y luego cientos de miles en una copia más asequible.

La moda era otra cosa. No puedo quejarme del *prêt-à-porter*, los tiempos siempre la dejan atrás a una; yo misma llevo muchísimos años comprándome la ropa hecha y apenas recuerdo el trabajo que me daba hacerme mis propias prendas, pero sí recuerdo la alegría intransferible que suponía comprarse (o que te prestaran) un vestido a medida de los grandes nombres como Dior, Pierre Cardin, Yves Saint Laurent, Pertegaz, Balenciaga..., aquello sí que era moda. Hoy la ropa es como la comida rápida. No me gusta que mis nietas vayan a las hamburgueserías, pero entiendo que les fascine la moda rápida, no hay otra. Cada vez que les cuento que antes las mujeres

teníamos que hacernos nuestras propias prendas me miran como si fuera una extraterrestre.

—Abuela, no empieces otra vez con lo de la ropa a medida, que ya nos lo sabemos —dice Eugenia, mirándome mientras teclea hábilmente en su teléfono.

—Solo digo que es mejor tener pocas prendas y... —empiezo.

—De calidad. Ya lo sabemos, abuela. Pero es divertido cambiar —dice Alba.

No discuto que tenga razón. Le pido a Eugenia que siga leyendo el artículo. Al parecer el Ayuntamiento ha autorizado la demolición del edificio para que se realice esta misma semana.

—«El edificio, que tiene más de un siglo de antigüedad, lleva varios años abandonado. El inmueble fue el emplazamiento de las prestigiosas Galerías Velvet, emblema de la moda española durante varias décadas. Para la alta sociedad española, las Galerías fueron el lugar donde hacerse con los vestidos y los complementos más exclusivos de la capital... y parte del extranjero» —lee Eugenia.

La idea de que el edificio quede reducido a polvo me entristece mucho. Supongo que las niñas lo notan, porque las dos me abrazan.

—Es mejor que lo utilicen otra vez para algo —dice Eugenia.

—Además, nadie te puede quitar tus recuerdos —añade Alba.

Las abrazo. Son dos niñas estupendas y tienen mucha paciencia conmigo. Les encanta escuchar mis historias, aunque por supuesto no les cuento toda la verdad. Son demasiado pequeñas para escuchar según qué aventuras... y creo que muchas de ellas no podrían ni creérselas y quizá a su madre no le pareciera bien. Y además, hay ciertas cosas que una mujer no debe contar nunca.

—¿Y si vamos a verlo? —pregunta Eugenia.

—Te podemos acompañar —dice Alba.

—No creo que nos dejen pasar —digo yo.

—¿Por qué no? —insiste Eugenia.

—Nos inventamos algo —añade Alba.

Las miro confusa. Pienso que me gustaría despedirme de las galerías, aunque estén hechas una pena. No he vuelto desde... Hace demasiados años.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —pregunta Eugenia.

—Si no nos dejan pasar, nos vamos de tiendas —dice Alba.

—No creo que sea buena idea —digo yo—. Será un lugar sucio, lleno de polvo, con olor a cerrado, lleno de maniqués más viejos que yo y otros cachivaches... y puede que hasta haya bichos —digo, pensando que lo de los bichos puede sacarles la dichosa idea de la cabeza.

Las dos me miran pensativas.

—Abuela, me da igual si tú no quieres ir. Me has

hablado tantas veces de las galerías que si no voy, no me lo perdonaré nunca —dice Eugenia.

—Yo pienso lo mismo —dice Alba—. Ya está bien, tanto Velvet, tanto Velvet... ¿Y ahora no quieres despedirte?

—Yo me muero de ganas por ver cómo era —dice Eugenia.

—Ya os he enseñado muchas fotos —digo yo.

—No es lo mismo. Pisarlo es como visitar la historia, como cuando fuimos con el instituto a las Cuevas de Altamira.

La comparación me hace gracia y me río de la ocurrencia de Eugenia.

—A ver, abuela, no digo que seas prehistórica, tú me entiendes..., solo digo que es mucho mejor ver los lugares en persona —dice.

—Piénsatelo y nos cuentas. Nosotras vamos contigo —dice Alba.

—¿Y el instituto? ¿Y el colegio? —pregunto yo.

—Podemos ir al salir de clase —dice Eugenia, y da la conversación por zanjada.

Es septiembre en Madrid, momento del año en el que las temperaturas son más agradables y más me gusta pasear por la ciudad, las niñas y yo caminamos por la Gran Vía. El ajetreo es el mismo que el de entonces, pero la gran arteria es muy diferente. A lo

largo de los años ha ido cambiando de nombre, pero para el madrileño y para el que no lo es siempre ha sido y será la Gran Vía. Mientras camino, intentando darles alcance, no puedo evitar recordar cómo era cuando yo era joven, cuando Alberto y yo estábamos enamorados.

La Gran Vía entonces era un paraíso para las tiendas más lujosas, y las colas de los cines, entonces muy frecuentados por gente de todas las edades, en ocasiones daban varias vueltas a la manzana. No había tantos coches como ahora, pero sí comenzaban a verse los primeros Seiscientos, y por supuesto los privilegiados, como Alberto, que tenían coches de alta gama, como un Mercedes, no dudaban en pasearlo ante los escaparates y las academias de secretariado y de corte y confección.

—Abuela, estás muy callada —dice Eugenia.

Sonríó y sigo caminando. Me alegra ver que la coctelería de Perico Chicote sigue estando allí, después de tanto tiempo.

—Vamos a tomar algo —digo yo.

—Somos menores de edad —dice Eugenia.

—Pues un refresco. Venga, niñas.

Entramos en Chicote. Está bastante parecido, y no me cuesta nada imaginar que la gente de hoy se convierte en la de ayer, y que a través de los cristales la vida vertiginosa de hoy se transforma en la de entonces.

—Una copita de oporto —pido.

Las niñas se sorprenden, porque saben que no suelo beber. Supongo que son demasiado jóvenes para saber que a veces para enfrentarte a ciertas cosas del pasado es necesario templar un poco el ánimo.

—Aquí antes venían los toreros, las estrellas de Hollywood... y vuestra abuela —digo yo, saboreando la copita de vino dulce.

—¿Viste a algún famoso alguna vez? —pregunta Alba.

—Si no lo vas a conocer, que es del año cero —reprocha Eugenia.

—Calla y deja a la abuela que haga memoria —replica Alba.

—Vi a Gracia de Mónaco —digo yo.

Se hace un silencio. No saben quién es. Me echo a reír y les digo que apuren sus refrescos. Seguimos caminando. Veo que la tienda de Loewe y los joyeros Grassy y Sanz siguen estando allí, cerca de uno de mis edificios favoritos: ahora se llama Metrópolis, pero en mi época era la sede de La Unión y el Fénix. Recuerdo cuántas veces Alberto y yo miramos la cúpula y el grupo escultórico que la remataba, cogidos de la mano, desde lo alto de las galerías.

Por desgracia, la boutique de Balenciaga ya no está, ni la cafetería California, donde era muy agradable (y muy caro) ir a merendar, y en cambio hay

muchas tiendas de ropa, varios teatros, la mayoría exhiben musicales, y cafeterías y hasta un casino. Sigue siendo el corazón de la ciudad, pero ya no es la Gran Vía de mis recuerdos. Un sabio dijo una vez que uno no se baña dos veces en el mismo río...

—¿Qué dices de un río, abuela? —pregunta Eugenia.

—Niñas, ya hemos llegado —digo.

Hay unos cartones con anuncios publicitarios cubriendo el andamiaje que envuelve el viejo edificio y una valla, ante la que un guardia de seguridad, fumando con aire ausente, parece contar los coches que pasan en uno y otro sentido.

—Buenas tardes, joven —le digo.

—Buenas tardes, señora. No se puede pasar, lo siento.

—Mire, es una larga historia. Hace muchos años, yo... —empiezo.

—Por acortar —me interrumpe Eugenia—, nuestra abuela trabajó en las Galerías Velvet hace muchos años y nos gustaría poder verlas antes de que las tiren abajo.

—Así que si nos deja pasar un ratito, le estaríamos muy agradecidas —remata Alba.

El guardia nos mira como si estuviéramos locas.

—No puedo permitir el paso a nadie ajeno a los propietarios —dice, fumando con aire impasible.

—Solo será un momento —digo.

—Lo siento, no puede ser. Además, podría ser peligroso —contesta él.

—¿Con todos esos andamios reforzando la estructura? No lo creo, caballero —digo yo.

—No estoy autorizado a dejarlas pasar. Ni a ustedes ni a nadie.

—¿Diría usted que este es su lugar de trabajo? —pregunta Alba.

—Sí, claro, ¿por qué?

Antes de que el guardia o yo podamos entender qué está pasando, Eugenia le hace una foto con su *smartphone*.

—No creo que a sus jefes les guste saber que fuma en su lugar de trabajo. Es ilegal —dice Alba, muy resuelta.

El guardia de seguridad nos mira asombrado. No puedo evitar sentirme orgullosa de mis chicas.

—Cinco minutos. Y como tarden más, avisaré a las autoridades —dice él, y nos da la espalda, momento en el que aprovechamos para entrar en el edificio. Las chicas se ríen como las colegialas que son y yo noto que mi viejo corazón se acelera.

¡Han pasado tantos años!

Las puertas giratorias, ocultas a los transeúntes por el portal de cartón, siguen estando allí. Los cristales están cubiertos de polvo, como si quisieran

ocultar secretos del pasado. El chirrido que hacen al girar delata el poco uso que se le ha dado en los últimos veinte años. El metal dorado está descolorido y nos manchamos los dedos de suciedad.

—No se ve nada. Menos mal que en mi *smartphone* tengo una linterna de las buenas —dice Eugenia, y la enciende.

Una intensa emoción me recorre la espalda y se me hace un nudo en la garganta: en la penumbra, iluminadas por el potente haz de luz del móvil de mi nieta, están las Galerías Velvet.

—¿Tú entrabas por aquí todas las mañanas, abuela? —pregunta Eugenia, tosiendo por el polvo, que le da un poco de alergia.

—No. Teníamos una entrada trasera. Esta puerta era solo para los clientes —digo yo, intentando disimular mi emoción.

—Aquí hace mucho que no limpian —se queja Alba.

Ya estamos dentro. Miro hacia arriba y en lo alto de la balaustrada me parece que todavía puedo ver al tío Emilio, vigilando la marcha del negocio, como un viejo capitán al timón de su barco. Las preciosas molduras, la lámpara modernista de cristales, las vetas coloreadas de la madera..., todo sigue estando en su lugar, pero donde hubo vida y brillo ahora solo hay decadencia y el recuerdo de una época mejor. Incluso hay dos maniqués desnudos, que han per-

manecido impasibles frente al tedio de los años, sin nadie que les vista, nadie que les pinche con alfileres, nadie que suspire por lo que llevan puesto... Se me agolpan tantos recuerdos en la memoria que me cuesta responder a las preguntas de las niñas.

—Qué bonito —dice Alba—. Me recuerda a cuando entran en el Titanic y... está todo hecho una pena.

Aquí todo es silencio, nada que ver con el trasiego de empleados, empleadas y clientas que solíamos vivir. Me vienen a la mente el rostro ceñudo y a pesar de ello hermoso de doña Blanca, la mirada simpática de Rita tras sus gafas, la inocencia de Luisa... y los ojos de Alberto, mirándome como solo él sabía mirarme.

—¿Tú trabajabas aquí arriba? —dice Alba.

—No, esto era la zona de las clientas y los dependientes. A veces tenía que subir aquí, pero normalmente pasaba mi jornada entre el taller y los probadores —respondo.

—¿Podemos verlo? —pregunta Eugenia, mirándolo todo con sus enormes ojos.

—Claro. Vamos a ver si encontramos las escaleras —respondo.

—¿No hay ascensor? —pregunta Alba.

—Sí que lo hay, pero sería un milagro que siguiera funcionando. Además, ya era muy lento en mi época, o sea, que mejor ni intentarlo.

Vamos a las escaleras. Las niñas sacan fotos con

sus teléfonos móviles, iluminando a ráfagas la oscuridad con los flashes.

Bajamos las escaleras y nos internamos por la zona de talleres. Recorremos el pasillo con los cristales esmerilados con la talla del diamante, aunque la madera ya solo tiene un color gris. El suelo cruje bajo nuestros pies, y si no fuera por las linternas de las niñas, no vería nada.

—Aquí estaba el taller —digo, y abro trabajosamente la puerta, que se queja con un chirrido lastimoso.

Para mi asombro, todavía hay alguna máquina de coser Singer, seguramente rota, y un hilo enhebrado en su percutor, como si me estuviera incitando a terminar una tarea empezada hace varias décadas.

—Aquí vuestra abuela se pasaba las horas —digo yo.

—Pues qué rollo —dice Eugenia.

—No. Las compañeras eran muy simpáticas y lo pasábamos muy bien. Aunque también tenía una jefa muy estricta —respondo.

Alba localiza una radio.

—¿Funcionará? —se pregunta.

Pasa la mano por el dial ennegrecido y la máquina emite un zumbido en el que se identifican algunas palabras. Las niñas se sorprenden.

—Antes las cosas se hacían para durar. Las radios, los relojes, los vestidos... —digo yo.

Les pido que me sigan y abro otras puertas para enseñarles el probador. El sofá Chester ya no está allí, pero sí hay un par de maniqués desnudos, y varios rollos de tela se agolpan en el altillo de la habitación.

—Aquí tomábamos las medidas de los vestidos a las clientas —explico.

—¿Y si no les gustaba? —pregunta Alba.

—Les hacíamos los arreglos hasta que quedaran satisfechas —les digo.

—Yo no me puedo imaginar que cada vestido de los que tengo en el armario me lo hubieran hecho solo para mí —dice Alba.

—Será porque no tienes vestidos, siempre vas vestida de negro —replica Eugenia.

—Niñas, os voy a enseñar las habitaciones... antes de que venga la policía a sacarnos de aquí o se nos caiga el edificio encima —digo.

—Vale —responden las dos a la vez.

Las niñas y yo caminamos por el corredor. A ambos lados van surgiendo las habitaciones. La puerta de la habitación que compartía con Rita está cerrada.

—Vaya. Este era el cuarto que compartía con mi amiga Rita, ya os he hablado mucho de ella..., pero no se puede abrir —me lamento.

—¿Y qué había dentro? —pregunta Alba.

—Pocas cosas. Un par de camas, una mesilla, un

armario... a veces, una radio también, un espejo y un pequeño lavabo —respondo.

—¿No podemos ver ninguna? —quiere saber Eugenia.

—Esperad. Voy a ver si hay alguna otra....

—Porque tú de pequeña compartías habitación con el tío Emilio, ¿verdad? —pregunta Alba.

—Sí, dejadme ver si podemos entrar en esa.

Avanzamos un poco más hasta que llegamos a la que fuera la habitación de mi querido tío. En lugar de cerradura hay un hueco en la madera; en algún momento debió de romperse pero nadie se molestó en arreglarlo.

—A ver...

Eugenia se lanza contra la puerta y la abre con facilidad.

—Ya —dice satisfecha.

Las dos apuntan al interior con sus teléfonos y la habitación del tío Emilio está más o menos como les he dicho: una cama, una mesilla de noche con algunos libros viejos criando polvo, un armario y un lavabo.

—¿No hay ningún objeto antiguo que nos podamos quedar? De recuerdo —pregunta Alba.

—No creo. Los empleados no teníamos dinero para muchos caprichos. Además, mi tío Emilio era un hombre muy austero...

Antes de que pueda seguir explicándome, Euge-

nia abre el armario de par en par. En su interior hay un par de camisas blancas que los años han amari-
lledo y una pila de libros. Los cojo, movida por la curiosidad, y veo que se trata de *Las ratas*, de Miguel Delibes, la trilogía de *Los gozos y las sombras*, de Torrente Ballester, y *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio. Además, hay otro libro con los lomos ajados y descoloridos, verde con el canto dorado, hoy apenas sin brillo. No tiene título. Lo abro y descubro la letra del tío Emilio. Un escalofrío recorre mi espalda al abrir la tapa. Por un instante se me acelera el corazón y siento una emoción furtiva al comenzar a leer las primeras líneas. No tiene título; la primera entrada es de junio de 1927. De repente, una voz a mi espalda me interrumpe.

—¿Qué es eso? —pregunta Alba.

—Son libros viejos, ¿no lo ves? —dice Eugenia.

Yo cojo las novelas y el cuaderno y los meto en el bolso.

—Me lo llevo, de recuerdo —digo, mientras me noto impaciente por quedarme a solas para leer el diario del tío Emilio.

Oímos unos pasos que vienen por el pasillo. Es el guardia de seguridad y viene fumando otra vez, con aire cansado.

—No sé ustedes, pero yo cuando tiren este edificio abajo no tengo intención de estar aquí dentro —dice, irritado.

—Ya nos vamos. Muchas gracias, caballero —le digo yo, cogiendo bien el bolso y llevándome a las niñas.

De vuelta, mis nietas no han parado de hacerme preguntas. Yo les he contado lo que podía, lo que recordaba, pero estaba deseando llegar a casa para poder abrir el cuaderno. Lo malo es que se han quedado fascinadas con las viejas galerías y esta tarde no han retomado las que son sus actividades habituales: pasarse las horas muertas en las redes sociales. Ahora están en su cuarto, mirando modas de los años cincuenta en Internet. Es curioso ver cómo se dan cuenta de lo mucho que ha influido esa década en los gustos de la gente. También les he preparado algo de cenar; sus padres están de viaje y me han dejado a mí a cargo de las dos niñas. ¡Yo, que paso tanto tiempo sola, añorando un rato de soledad! Se me ha hecho eterna la tarde y, después de oír el tra-siego habitual de niñas poniéndose el pijama, lavándose los dientes y metiéndose en su dormitorio, ya estoy en la habitación de invitados, con mi camisón más cómodo y lista para leer. Saco el cuaderno del tío Emilio del bolso y casi me da algo de vértigo abrir sus páginas. Me da por pensar que quizá mi tío Emilio no lo escribió con ánimo de que fuera leído, pero, por otro lado, es posible que quisiera consignar los

muchos secretos que guardó en vida. Además, cualesquiera que sean los protagonistas de esas páginas, no se verán afectados porque yo conozca sus vidas. Hace ya demasiados años y nadie puede resultar ofendido ni damnificado por ninguna verdad que haya en este libro. «Tío Emilio, si no es así, espero que me perdones», le digo en mis pensamientos, y abro la primera página.